

La población en la era de la información. De la transición demográfica al proceso de envejecimiento

Alejandro I. Canales Cerón*

El envejecimiento de la población ha suscitado un creciente interés, especialmente la estimación de sus dimensiones cuantitativas, sus impactos sociales y las cargas económicas que de él derivan. Sin embargo, menor atención han recibido los desafíos conceptuales y metodológicos que este cambio demográfico plantea, especialmente en el marco de las transformaciones estructurales que caracterizan a las sociedades contemporáneas. En este sentido, en el presente artículo se presenta una revisión conceptual del discurso demográfico en la sociedad moderna. Nuestra tesis sustenta que el envejecimiento inaugura un nuevo régimen demográfico, en el cual el problema de la población habrá de trasladarse de la preocupación por la dinámica del crecimiento a la cuestión de la estructuración social de las diferencias y desigualdades demográficas.

Palabras clave: envejecimiento, transición demográfica, teoría de la población, era de la información, sociedad postindustrial.

Fecha de recepción: 4 de octubre de 2000. Fecha de aceptación: 15 de mayo de 2001.

Introducción

La preocupación por la población y su reproducción es tan antigua como la humanidad misma. No obstante, la forma en que ha sido conceptualizada y cuestionada, difiere sustantivamente de una sociedad a otra. En el caso de la sociedad moderna, por ejemplo, la cuestión demográfica fue inicialmente formulada atendiendo a la dinámica del crecimiento de la población, y a sus impactos en el proceso de desarrollo económico. Tal formulación se deriva del hecho de que la población mundial ha experimentado un crecimiento sostenido por más de dos siglos, y que éste se intensificó a mediados del siglo XX (Thumerelle, 1996).

No obstante, en las últimas dos décadas del siglo XX se configuraron nuevas tendencias en la dinámica demográfica que no sólo han incidido en las posibilidades de crecimiento de la población mundial, sino que parecen inaugurar un nuevo régimen de reproducción

* Departamento de Estudios Regionales-INESER, Universidad de Guadalajara. Correo electrónico: cca00790@cucea.udg.mx; acanales@megared.net.mx

cuantitativa y social de la población. Me refiero al cambio en la estructura demográfica que surge del proceso de *envejecimiento* de la población, así como de la emergencia de diversas problemáticas referidas a las relaciones de género, intergeneracionales y étnicas, entre otras, que en el marco de la globalización económica y cultural parecen involucrar a la población mundial en su conjunto. En términos de sus alcances, magnitud y extensión, este nuevo régimen demográfico estaría marcando la etapa final de una transición demográfica que a través de 200 años sostuvo un prolongado y continuo proceso de crecimiento de la población (Teitelbaum y Winter, 1985).

Esta fase final de la transición demográfica coincide con una serie de cambios estructurales y sociales, mismos que para diversos autores conforman los rasgos más característicos del paso de la sociedad industrial hacia una postindustrial e informacional.¹ De acuerdo con Castells (1998: 119), por ejemplo, lo que caracteriza a la sociedad contemporánea es “la capacidad tecnológica de utilizar como una fuerza productiva directa lo que distingue a nuestra especie como rareza biológica: su capacidad superior para procesar símbolos”. Esto da cuenta del carácter informacional de esta nueva era, que se sustenta no ya en el intercambio y las relaciones materiales, sino en el intercambio y procesamiento de información, esto es, de símbolos, los que resignifican todo el proceso de producción y distribución de bienes y servicios materiales (Negroponte, 1996). De esta forma, la economía informacional reconfigura las bases de la economía industrial mediante la incorporación del saber y la información en los procesos materiales de producción (Borja y Castells, 1997).

Asimismo, S. Lash y J. Urry plantean que la economía política en la sociedad informacional se basa en un régimen de *acumulación reflexiva*, en la medida en que crecientemente el saber y la información se

¹ Diversos términos han surgido para dar cuenta de estas transformaciones: globalización, postmodernidad, modernización reflexiva, postfordismo, era de la información, constelación postnacional, sociedad postindustrial, sociedad del riesgo y capitalismo post-organizacional, entre otros. En no pocos casos estos términos aluden a metáforas más que a conceptos o teorías propiamente como tales, lo que los hace muy difusos, ambiguos e imprecisos. No obstante, todos tienden a coincidir en el hecho de que estaríamos experimentando un periodo crucial de transición histórica en el cual la dinámica y velocidad de los acontecimientos supera con creces nuestra capacidad para aprehenderlos y comprenderlos en su totalidad. Para algunos, desde una posición antimodernista, se trataría del fin de la modernidad, para otros (donde nos incluimos) se trata más bien de un punto de inflexión cuya comprensión exige una crítica radical a la modernidad. Al respecto, consúltese Habermas, 2000; Giddens, 1990; Touraine, 1999, y Mires, 1996.

constituirán en los ejes y fundamentos de las economías y sociedades contemporáneas. De acuerdo con estos autores,

el aumento de la reflexividad en el proceso de trabajo social indica que una porción cada vez más grande de los procesos laborales individuales se eslabonan sólo indirectamente con la función básica del proceso total de trabajo, que es el cumplimiento del intercambio material entre hombres y naturaleza (Lash y Urry, 1998: 94).

Si la sociedad industrial recibe ese nombre es porque este intercambio se da a través de una *mediación maquinista*, que hace de la materia un medio, objeto y resultado del proceso de trabajo. En la acumulación reflexiva, por el contrario, el intercambio se está dando con la mediación de símbolos que operan a través de estructuras de información y conocimiento. En la sociedad informacional la acumulación no es sólo “flexible”, sino “reflexiva”, en la medida en que se basa en procesos de autorregulación que transforman el proceso de trabajo en objeto de sí mismo.²

Ahora bien, este periodo de “transición histórica” plantea un desafío conceptual y una exigencia metodológica, en la medida en que los marcos conceptuales para analizar, comprender y actuar en nuestras sociedades están siendo rebasados por la propia dinámica de la sociedad contemporánea (Ianni, 1996; Mires, 1996). Por lo mismo, no podemos sino describir y analizar estos cambios en forma aproximada, con base en metáforas más que en conceptos acabados y cerrados. En este sentido, la exigencia metodológica es avanzar en la construcción de categorías de análisis que desde una perspectiva crítica de la modernidad permitan aprehender los nuevos rumbos y ritmos que están tomando los procesos sociales. La demografía como disciplina, y la población como objeto de estudio, no son ajenas a esta condición actual de las ciencias sociales.

En este contexto sostenemos que el fin de la llamada transición demográfica en el marco del advenimiento de la sociedad informacional exige pensar en nuevas delimitaciones y visiones de la demografía que vayan más allá de la reproducción cuantitativa de la pobla-

² Los conceptos de flexibilidad, desregulación, postfordismo, resultan inadecuados, pues cargan con un sesgo productivista que no les permite “capturar toda la medida en que la producción y el consumo tienen por fundamento un saber discursivo” (Lash y Urry, 1998: 91).

ción. Por lo pronto, el crecimiento como problema demográfico tiende a ser sustituido por los cambios en la estructura por edad de la población, y en particular por el *proceso de envejecimiento*, que a nivel de los individuos, de la población y de la sociedad, permiten reconfigurar una cuestión demográfica (Rodríguez, 1994).

En tal sentido, suponemos que los nuevos ejes de la demografía que podemos avizorar para un futuro próximo ya no se derivarán tanto del crecimiento de la población, como de la forma en que la sociedad postindustrial se organizará para enfrentar las mutaciones demográficas y sociales que actualmente empiezan a experimentarse. En esta forma, el desafío para la demografía, y para la sociedad en general, será dejar de pensar en la población centrándose en su crecimiento, para pensarla atendiendo a las relaciones y contradicciones entre individuos, entre generaciones, entre géneros, entre etnias, y entre la especie humana y la naturaleza (Lassonde, 1997). En otras palabras, se trata de pasar de la preocupación por la *dinámica* demográfica y sus componentes, a una preocupación por las *estructuras* demográficas, esto es, por la *estructuración social* de las diferencias y desigualdades demográficas. Es en este contexto donde adquieren relevancia la discusión y revisión del problema del envejecimiento poblacional.

Sin duda el “envejecimiento” ha sido tratado y desarrollado ampliamente en diversos textos, foros políticos y seminarios académicos. Asimismo el interés por su dinámica ha sido creciente, y ha permitido la elaboración y sistematización de amplios bancos de datos estadísticos y demográficos que sustentan muchos de los análisis y proyecciones que actualmente se hacen al respecto. En este sentido, nuestro principal aporte a la discusión de esta temática no radica en presentar avances metodológicos o empíricos, sino más bien se da en la esfera conceptual, y podemos situarlo en dos planos del mismo proceso, a saber:

— Por un lado, en la necesidad de una conceptualización del “envejecimiento” en el marco de los cambios sociales y estructurales que caracterizan a las sociedades contemporáneas. En este plano, creemos que la exigencia es doble. Por un lado, plantea exigencias y desafíos a la demografía, al ampliar y complicar su objeto de estudio. Por otro lado, se plantean también exigencias conceptuales, referidas a los marcos de interpretación y comprensión del fenómeno demográfico en la sociedad contemporánea. Si en la sociedad industrial el discurso de la modernidad configuró la matriz teórica desde la cual se construyó el discurso de la población, en la sociedad contemporánea,

el “nuevo” discurso demográfico habrá de sustentarse entonces desde la crítica del discurso de la modernidad.

— Por su parte, es claro que el envejecimiento no se reduce a un mero incremento cuantitativo de un estrato etéreo de la población. Antes bien, desde nuestra perspectiva se trata de un proceso más complejo y diverso. El “envejecimiento” es una figura metafórica que ilustra la emergencia de una estructura demográfica compleja en el seno de sociedades complejas. No sólo implica cambios cuantitativos, sino también nuevas formas de construcción social y simbólica de las categorías demográficas que componen la estructura poblacional. En este sentido, el “envejecimiento” de la población no puede reducirse a una preocupación por los “viejitos”. Antes bien, exige una visión global que integre las dinámicas de todos los estratos que conforman la estructura demográfica, a la vez que exige entender y analizar dichas transformaciones a la luz de los cambios estructurales de la sociedad contemporánea. En una palabra, no sólo hay “más” viejos y “menos” jóvenes, sino también, “nuevos” viejos y “nuevos” jóvenes. Asimismo, lo “nuevo” no está sólo en la cantidad, sino por sobre ello, en las matrices sociales desde las cuales estas estructuras y categorías demográficas adquieren sentido y significados históricos y concretos.

Ahora bien, en este artículo no pretendemos resolver muchas de las interrogantes aquí planteadas. Nuestro objetivo es más restringido y se limita a sembrar dudas y delimitar preocupaciones. Si bien disponemos de técnicas e indicadores que permiten una adecuada medición del fenómeno del envejecimiento, no contamos, sin embargo, con un marco conceptual y analítico que nos facilite una adecuada comprensión del mismo. Por lo tanto, hacia allá queremos centrar nuestra atención, en el entendido de que nos referimos a procesos que están en construcción e inacabados, y para los cuales, además, no disponemos tampoco de marcos conceptuales completos y cerrados.

Con base en lo anterior, el artículo está organizado en cuatro secciones. En la primera, presentamos los principales elementos de la conceptualización de la población que a lo largo del siglo XX sustentaron el discurso del crecimiento demográfico. En la segunda sección presentamos algunos datos que permiten dimensionar el proceso de envejecimiento, para centrarnos en la sección siguiente en su vinculación con las transformaciones de la sociedad contemporánea. Finalmente, en las conclusiones reseñamos algunos de los principales desafíos conceptuales que se exponen a lo largo de todo el artículo.

La transición demográfica y la cuestión del crecimiento

La formulación de una cuestión demográfica tal como la conocemos actualmente, tuvo su primera expresión formal en el pensamiento de Robert Malthus, quien hacia fines del siglo XVIII planteó un esquema analítico relativamente sencillo que le permitió entender e interpretar la dinámica del crecimiento demográfico en el marco de las condiciones materiales de reproducción de la sociedad moderna. De acuerdo con Malthus, la capacidad de crecimiento de la población humana rebasaría con mucho la de los recursos materiales para dar alimento y sustentar la reproducción económica y social de dicha población. En un lenguaje más algebraico, Malthus sostenía que mientras la población tendía a reproducirse a tasas geométricas, los alimentos y otros recursos materiales, sólo lo hacían a tasas aritméticas (Malthus, 1986). Esta sencilla y simplificada fórmula sintetiza, sin embargo, todo un pensamiento sobre la relación población-modernidad que tiende a predominar hasta nuestros días.³

El planteamiento de Malthus fue retomado en el siglo XX por distintos autores (Thompson, 1946; Notestein, 1945; Coale, 1973, entre otros), quienes le dieron ciertos giros metodológicos y teóricos para avanzar en una formulación y conceptualización más detallada de la dinámica de la población, y sus relaciones con el proceso de modernización. Al respecto, se entiende el cambio demográfico como un proceso de *transición demográfica*, entendiéndola como un modelo que permite integrar en un mismo análisis la dinámica del cambio en los distintos componentes del crecimiento demográfico (mortalidad y natalidad principalmente), con la dinámica del cambio social y económico (proceso de modernización).

Esta conceptualización no es fortuita, pues se sustenta en la apreciación de que el cambio demográfico forma parte del cambio social, entendido éste como proceso de modernización. En tal contexto, la

³ Casi dos siglos después de Malthus, el Club de Roma, por medio del informe de los Meadows, revivió este modelo simplificado y lo fue haciendo más complejo gracias a las posibilidades que abrieron la tecnología computacional y el desarrollo de modelos de simulación que integran múltiples variables simultáneamente. Sin embargo, en el modelo de los Meadows los principios lógicos son prácticamente los mismos que llevaron a Malthus a su simplificado modelo población-recursos. Sólo cambiaron las formas de las relaciones algebraicas, y se logró cierta actualización en las funciones de crecimiento de los alimentos y otros recursos económicos. Para más detalles, véase Meadows *et al.*, 1992.

transición demográfica sería un componente del cambio social, en tanto que con él se desea indicar el proceso de modernización de la dinámica demográfica (Thumerelle, 1996).

Esta *modernización demográfica* se expresaría concretamente en el tránsito desde una sociedad tradicional caracterizada por altos y no controlados niveles de fecundidad y mortalidad, hacia una sociedad moderna caracterizada, en cambio, por bajos y controlados niveles de tales variables demográficas. Esa reducción se asocia al proceso de modernización de la sociedad, en términos de que la secularización de las relaciones sociales implica un cambio radical en el comportamiento demográfico, en especial en relación con las prácticas de reproducción de la población, la formación de hogares, la inserción laboral de las mujeres, el cambio en la estructura de valores, y el significado social y económico de los hijos, entre otros factores.

Este cambio demográfico, asociado a la modernización, Livi Bacci (1994) lo interpreta como una ganancia en términos de una mayor “eficiencia demográfica”, que se manifiesta en una reducción de los niveles de “caos demográfico”, y un tránsito hacia el “orden demográfico”. De acuerdo con este autor, en las sociedades tradicionales

el crecimiento era lento y se producía con una gran disipación de “energía” demográfica: las mujeres debían dar a luz media docena de hijos para poder ser remplazadas por la generación posterior. Cada generación de nacidos perdía entre la tercera parte y la mitad de sus componentes antes de que éstos alcanzaran la edad reproductiva. Las sociedades del antiguo régimen eran, por consiguiente, ineficientes desde el punto de vista demográfico[...]. Además de su ineficiencia, el antiguo régimen demográfico se caracterizaba por el “desorden” demográfico. Eran notables las probabilidades de que un hijo muriese antes que sus padres, subvirtiendo el *orden natural* de la procedencia de las generaciones[...]. Podemos decir que usamos la expresión “transición demográfica” para definir el proceso complejo del paso del desorden al orden y del desperdicio a la economía: este tránsito implica un descenso de los niveles altos a niveles moderados de mortalidad y fecundidad (Livi Bacci, 1994: 13-14).⁴

⁴ Esta cita es interesante, pues expresa no sólo aspectos analíticos de la teoría de la modernización, sino también el trasfondo ideológico de dicha posición. En particular, manifiesta implícitamente la fuerza ideológica de diversas categorías usadas (eficiencia, orden, antiguo régimen, entre otras) que permiten sostener la aparente superioridad de un régimen demográfico moderno por sobre uno tradicional, superioridad sustentada en una mayor *racionalidad* en el uso de los recursos demográficos. Más adelante retomaremos esta línea de reflexión.

Ahora bien, esta transición de la dinámica demográfica, de altas a bajas tasas de mortalidad y fecundidad, implica pensar en diversas “etapas” en las cuales podemos ubicar las distintas poblaciones o sociedades nacionales.⁵ Se trataría de una ruta de transición por la cual han de pasar todas las sociedades, pero en ritmos y momentos diferentes. Asimismo, de acuerdo con el enfoque de la transición demográfica, estas diferencias reflejan también los distintos momentos o fases del proceso de modernización. No obstante, lo relevante es que en todos ellos se establece un descenso más pronunciado de las defunciones que de los nacimientos, generándose con ello las condiciones demográficas para un incremento de las tasas de crecimiento de la población.

En el caso de los países latinoamericanos, por ejemplo, este periodo de *transición* en la dinámica demográfica se caracterizó por un crecimiento “explosivo” de su población, producto del distinto ritmo y patrón de respuesta de cada componente demográfico a las transformaciones en la estructura social generadas por el desarrollo económico y la modernización social. Al respecto, Benítez (1994) explica que el mejoramiento de las condiciones de salud, servicios e infraestructura médica propició una rápida caída de la mortalidad. Sin embargo, la fecundidad tendió a mantenerse elevada respondiendo con cierto retraso, debido a que la “modernización” de los patrones culturales que inciden en el comportamiento reproductivo, en los ámbitos individual y familiar, ha sido más lenta y gradual.

En este marco de entendimiento y comprensión de la dinámica demográfica surgieron planteamientos que sostenían que el crecimiento de la población implicaba ciertos límites y obstáculos para el crecimiento y desarrollo de las economías locales y nacionales. Así por ejemplo, Notestein declara que “la nación que decida ser grande y próspera, puede lograr su objetivo más pronto si reduce cuanto antes y de manera drástica sus tasas de natalidad” (Notestein, 1945: 146).

⁵ Así por ejemplo, en diversos trabajos del Celade se agrupa a los países latinoamericanos de acuerdo con el grado de avance en su transición demográfica. Esta clasificación puede extenderse a todo el mundo, observándose que en general los países centrales aparecen en etapas más avanzadas de la transición que los países periféricos y dependientes. Sobre esta clasificación de los países pueden consultarse los diversos trabajos presentados en la *IV Conferencia Latinoamericana de Población. La Transición Demográfica en América Latina y El Caribe*, Ciudad de México, del 23 al 26 de marzo de 1993, IUSSP/Prolap/ABEP/Celade/Somede.

Asimismo, los planteamientos del Club de Roma, sintetizados en los libros de los Meadows sobre los límites del crecimiento,⁶ se inscriben también en esta perspectiva. Ellos ven el problema centrándose en los peligros que implica para la sociedad moderna el que se sobrepasen los límites de crecimiento demográfico, lo que pudiera hacer insustentable el ecosistema. Así, con base en modelos de simulación, ya en los setenta planteaban que

si las actuales tendencias de crecimiento en la población mundial [...] continúan sin modificaciones, los límites del crecimiento en nuestro planeta se alcanzarán en algún momento dentro de los próximos 100 años. El resultado más probable será una declinación súbita e incontrolable tanto de la población como de la capacidad industrial (Meadows, *et al*, 1992: 20).

En este discurso son claros los tintes malthusianos y modernistas en la formulación de la relación población-recursos. En el marco de la persistencia de un régimen demográfico tradicional, el crecimiento de la población es visto como un rezago estructural de un pasado que es necesario transformar para eliminar los obstáculos en el camino de la modernización. En tanto obstáculo, la población deviene en medio y método privilegiado para lograr el desarrollo, la modernidad.⁷ Esta racionalidad “modernista” se expresa también en la idea de que “la disminución del crecimiento demográfico llevaría al crecimiento económico y al bienestar social, con familias pequeñas que vivirían mejor” (Benítez, 1996). Asimismo, con base en estos principios se sustenta la formulación de las políticas de población. No se trata pura y simplemente de políticas de control de la dinámica demográfica, sino de políticas de promoción del desarrollo y la modernidad. De ahí que la política a favor de la planificación familiar, del control de la natalidad y de la reducción de los ritmos de crecimiento demográfico se constituya en parte inherente e inseparable de las estrategias de desarrollo y modernización social, económica y política.

⁶ Me refiero, por un lado, al reporte del equipo del MIT al Club de Roma, que fuera publicado a principios de los setenta bajo el título de *Los límites del crecimiento*, y por otro, al libro *Más allá de los límites del crecimiento*, publicado a principios de los noventa, y que corresponde a una revisión y actualización del anterior.

⁷ Tal pareciera que la población fuera un factor natural, como el clima, la tierra o el agua, cuya dinámica, al no estar controlada, puede atentar contra los objetivos de crecimiento y desarrollo. O lo que es lo mismo, que el control de esta fuerza (el crecimiento demográfico), al igual que el de cualquier otra fuerza natural, posibilitaría el tránsito seguro hacia la modernidad.

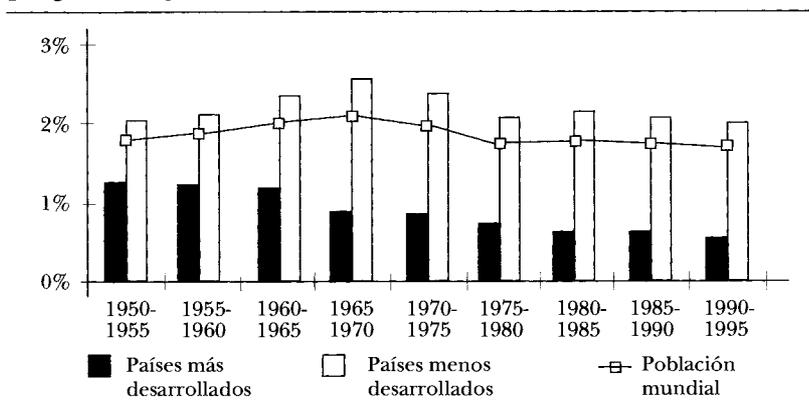
Ahora bien, estos planteamientos sobre la población y su crecimiento surgieron en un contexto histórico en donde la población experimentaba precisamente un importante ritmo de crecimiento cuantitativo. En efecto, de acuerdo con los datos proporcionados por Naciones Unidas (1993), la población mundial pasó de poco más de 2.5 mil millones de personas en 1950 a casi 5.8 mil millones en 1995. Esto es, en menos de 50 años, más que se duplicó la población mundial.⁸ El mayor ritmo de crecimiento se dio entre 1965 y 1975, cuando la tasa de crecimiento rondaba 2% anual promedio, lo que implicaba una duplicación cada 33 años, aproximadamente. Actualmente el crecimiento demográfico tiende a desacelerarse, con una tasa de 1.69% anual promedio para el quinquenio 1990-1995, lo que indica una capacidad de duplicación cada 41 años.

En el marco neomalthusiano que subyace en los planteamientos de la transición demográfica y del Club de Roma, este crecimiento de la población se percibe como un serio problema para el desarrollo de la economía mundial, especialmente si se considera que su ritmo muestra importantes diferencias entre los países desarrollados y los que están en vías de desarrollo. En efecto, como se ilustra en la siguiente gráfica, mientras los países industrializados de Europa, Norteamérica y Japón muestran tasas de crecimiento moderadas y en continuo descenso, los de las regiones menos desarrolladas (África, América Latina y Asia) muestran un patrón diferente. Hasta 1970 aproximadamente, en estas regiones se dieron tasas elevadas y en continuo ascenso, situación que se revirtió gradualmente en los ochenta, cuando se presenta cierta estabilización del ritmo de crecimiento a 1.7% anual promedio.

En este contexto se plantearon diversas problemáticas asociadas al crecimiento de la población, especialmente respecto a los efectos que dicho crecimiento pudiera tener sobre la dinámica económica de nuestras sociedades. Así, por ejemplo, se plantea que estos ritmos de crecimiento demográfico representan una carga relativamente elevada para el crecimiento económico y la inversión productiva, especialmente en los países del tercer mundo, donde además se advierten menores ritmos de crecimiento y desarrollo económico. En particular, se plantea que una mayor cantidad de población en economías

⁸ El año de 1987 fue especial, pues de acuerdo con las estimaciones de las Naciones Unidas, se arribó entonces a la cifra récord de 5 mil millones de habitantes en la tierra. En ese marco, 1987 fue declarado como el año mundial de la población.

GRÁFICA 1
Tasa de crecimiento de la población mundial
por grandes regiones, 1950-1995



Fuente: Naciones Unidas, 1993.

de por sí empobrecidas implicaría que una mayor proporción del ingreso habría de ser destinada a consumo y gasto, en detrimento de la que debiera destinarse al ahorro y la inversión productiva (Singer, 1971). Así las elevadas tasas de crecimiento demográfico se expresarían en bajas tasas de inversión, o en altas tasas de endeudamiento externo, situaciones ambas que afectan directamente las posibilidades de crecimiento de las economías en las regiones menos desarrolladas.

Asimismo, el crecimiento demográfico sustentado en altas tasas de fecundidad conlleva una estructura de la población muy joven,⁹ la cual tiene diversas implicaciones para las posibilidades de crecimiento y desarrollo económico de dichas sociedades. Por un lado ocasiona una demanda muy específica de determinados servicios públicos, como la educación y la salud. Por otro lado implica elevados índices de dependencia, especialmente respecto a la población económicamente activa. Esto significa una carga económica y social relativamente elevada,

⁹ Por ejemplo, en el caso de los países menos desarrollados la población de menos de 15 años representaba hasta los años setenta más de 40% de la población total (Ham, 1997).

más aún si consideramos que entre los roles de los niños no debiera estar el generar aportes a la economía y al ingreso de sus familias.¹⁰

Finalmente, una población joven implica que a mediano y corto plazos, se presentará una fuerte presión sobre el mercado de trabajo, cuando los niños de hoy lleguen a la edad de ingreso a la actividad económica. Sin duda las economías de los países subdesarrollados, que hoy día no logran absorber la fuerza de trabajo adulta, enfrentarán aún más dificultades para absorber una creciente demanda de puestos de trabajo derivada de la incorporación de estos jóvenes al mercado de laboral.

Todos estos problemas fueron planteados como consecuencias del crecimiento demográfico "explosivo" que pareció caracterizar la dinámica de la población mundial a partir de la segunda mitad del siglo XX. No obstante, visiones alternativas planteaban que el problema del crecimiento demográfico era más bien una consecuencia del subdesarrollo económico, y no su causa. En esta interpretación se invierten las relaciones de causa-efecto, y si bien se plantea el crecimiento demográfico como una cuestión a resolver, se postula en cambio que no hay mejor política de población y de planificación del crecimiento demográfico que la modernización de las estructuras sociales, políticas y culturales, las cuales, heredadas de sociedades tradicionales, tienden a frenar el proceso de desarrollo y cambio social en las regiones menos desarrolladas (Singer, 1971).

De hecho, la dinámica demográfica de estas regiones se explicaría precisamente por la persistencia de estructuras familiares y culturales de tipo tradicional, que en diversos casos y de distintas formas tienden a oponerse al uso de métodos y técnicas modernos y científicos de control natal y planificación familiar. No se trata únicamente de una cuestión de mercado, esto es, de disponibilidad y acceso a métodos anticonceptivos modernos, sino también de una cuestión cultural y familiar, relacionada con los significados sociales y simbólicos de la familia, los hijos y la reproducción humana.

Ahora bien, el cambio en esta dinámica, expresado en el creciente uso de métodos anticonceptivos modernos, y en particular el pre-

¹⁰ Sin ánimos de negar o demeritar el peso de las condiciones estructurales, internas e internacionales, en la explicación de la situación de pobreza y subdesarrollo que caracteriza a los países del tercer mundo puede agregarse que en cierta forma la alta presencia de trabajo infantil podría ser reflejo también de la incapacidad de estas economías para sustentar con el trabajo de los adultos los elevados índices de dependencia que se derivan de su dinámica y estructura demográfica.

dominio de una “racionalidad moderna” en la determinación de la descendencia a nivel individual y familiar, implicarán para el futuro inmediato sustantivos cambios en el patrón demográfico, mismos que ya se vislumbran en no pocas sociedades industrializadas en donde el cambio demográfico se inició con anterioridad.

El proceso de envejecimiento

En el último tercio del siglo XX la dinámica de la población entra en una nueva fase caracterizada por la estabilización de su dinámica de crecimiento, junto al cambio en su estructura y composición. Se trata del proceso de *envejecimiento de la población*, que surge a partir de que culmina la transición desde un régimen tradicional en el que prevalecían altos niveles de fecundidad y mortalidad, a uno moderno caracterizado por el control eficiente y racional de tales componentes del crecimiento de la población.

Diversas proyecciones de la población mundial describen este descenso en los ritmos de crecimiento, que se espera tiendan a una relativa estabilidad de la población hacia la segunda mitad del siglo XXI.¹¹ En particular, se estima que la población mundial pasará de 5.8 mil millones en 1995, a menos de 8.5 mil millones en 2025 (veáse el cuadro 1). Sin duda en términos absolutos se trata de un crecimiento nada despreciable, que involucra cerca de 2.7 mil millones de personas (un promedio de 90 millones cada año, esto es, la población de México hacia 1995). Sin embargo, en términos relativos se trata de un crecimiento claramente inferior al que predominó en la segunda mitad del siglo XX. De hecho, para el año 2025 se espera que la tasa de crecimiento sea de tan sólo 1.02% anual promedio, cifra un tercio menor de la que prevalece en la actualidad, y menos de la mitad de la observada hacia 1970. Incluso el monto absoluto del incremento demográfico tenderá a decrecer, de casi 95 millones al año en el último periodo 1995-2000, a menos de 84 millones en el periodo 2020-2025.

¹¹ Teitelbaum y Winter (1985) y Wallace (2000) señalan que ante esta tendencia emergente algunos autores han expuesto los peligros de un posible “declive” de la población mundial, ya que dicha tendencia podría provocar una situación caracterizada por el “peligro de extinción” que afectaría a la humanidad. En realidad se trata de algo mucho menos catastrófico. Tan sólo es el cambio en el régimen de reproducción demográfica de la población, en un contexto de cambio y transformación social.

Asimismo, si en los setenta se necesitaban tan sólo 33 años para que la población se duplicara, hacia el año 2025 se requerirá casi 70 años para que esto ocurra.

CUADRO 1
Población mundial, 1995-2025

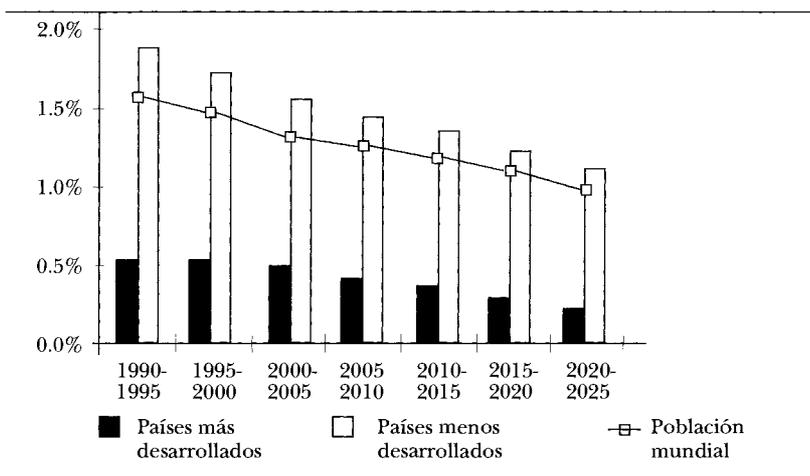
<i>Año</i>	<i>Población (millones)</i>	<i>Crecimiento absoluto</i>	<i>Tasa de crecimiento</i>	<i>Años de duplicación</i>
1995	5759.3	—	—	—
2000	6228.3	469.0	1.57	44.3
2005	6688.1	459.9	1.42	48.7
2010	7149.5	461.4	1.33	52.0
2015	7609.0	459.5	1.25	55.6
2020	8049.9	440.9	1.13	61.5
2025	8472.4	422.5	1.02	67.8

Fuente: Naciones Unidas, *World Population Prospects*, 1993.

Este cambio en la dinámica demográfica de la población mundial se explica principalmente por la modificación de las tendencias demográficas en las regiones menos desarrolladas. Mientras en los países desarrollados la reducción del crecimiento de la población se remonta hacia mediados del siglo XX, en las regiones menos desarrolladas, en cambio, la tasa de crecimiento se incrementó en los sesenta y setenta, y tendió a mantenerse más o menos estable en los ochenta y principios de los noventa a un nivel de 2% anual promedio. Se estima que sólo a partir de la segunda mitad de los noventa inicia su descenso la tasa de crecimiento demográfico en estas regiones, pasando de un promedio anual levemente superior a 2% entre 1990 y 1995, a un promedio anual inferior a 1.2% entre 2020 y 2025 (véase la gráfica 2).

En términos de sus componentes, el descenso de las tasas de crecimiento demográfico se origina tanto en un decremento de los niveles de mortalidad como, sobre todo, en una sustantiva reducción de la fecundidad en los países menos desarrollados. Ambos componentes se conjugan para definir las nuevas condiciones demográficas de la reproducción de la población en las próximas décadas. Por un lado, el descenso de la mortalidad se manifiesta en una mayor esperanza de vida, lo que permite una prolongación de la existencia de

GRÁFICA 2
Tasa de crecimiento de la población mundial
por grandes regiones, 1990-2025



Fuente: Naciones Unidas, 1993.

los individuos. Así por ejemplo, en la segunda mitad del siglo XX la esperanza de vida se incrementó en diversos países latinoamericanos prácticamente 50% (Bueno, 1996). Por otro lado, el descenso de la fecundidad se manifiesta en la reducción del número total de nacimientos por mujer, y con ello en la baja de los niveles de natalidad.

Tanto el descenso de la fecundidad como el incremento de los niveles de sobrevivencia de la población se reflejan directamente en su composición por estratos de edad, la cual ha comenzado a experimentar sustanciales modificaciones cuantitativas, mismas que se intensificarán en las próximas décadas. En particular podemos esperar una significativa reducción de la población infantil, aunada a un incremento de la población adulta y de la tercera edad, recomposición que implicará el aumento de la edad media y la edad mediana de la población en su conjunto.

En el mundo la proporción de individuos menores de 15 años se ha reducido de 37.6% en 1965, a 31.9% en 1995, y se proyecta que para 2025 será inferior a 25%. Asimismo, la población de 65 o más años muestra la tendencia opuesta, al pasar de 5.3% en 1965, a 6.5% en 1995, y se proyecta que ascenderá a casi 10% para 2025. Este proce-

so de envejecimiento de la población se reproduce en las distintas regiones del mundo, aunque parece estar más avanzado en los países más desarrollados. En efecto, en 1995 el índice de envejecimiento en las regiones más desarrolladas era más de cuatro veces superior al que prevalecía en las regiones menos desarrolladas. Sin embargo, aunque en todas las regiones se proyecta un incremento del índice de envejecimiento para las próximas dos décadas, esta situación será más intensa en las menos desarrolladas. En concreto, mientras en las regiones más desarrolladas se proyecta para el año 2025 un índice de envejecimiento 70% mayor que el prevaleciente en 1995, en las menos desarrolladas se proyecta un incremento de más de 120% (véase el cuadro 2).

En otras palabras, mientras los países más desarrollados parecen ubicarse en fases más avanzadas del proceso de envejecimiento, en los menos desarrollados dicho proceso ocurre a un ritmo más rápido. Esto se deriva de lo ya expuesto, esto es, de que tanto el incremento de los niveles de sobrevivencia, como especialmente el descenso de

CUADRO 2
Población mundial según grandes grupos de edad (porcentajes)

<i>Año</i>	<i>0-14</i>	<i>15-64</i>	<i>65+</i>	<i>Índice de envejecimiento</i>
Población mundial				
1965	37.6	57.7	5.3	14.1
1995	31.9	61.6	6.5	20.4
2025	24.9	65.4	9.7	35.0
Países desarrollados				
1965	27.9	63.1	9.0	32.3
1995	20.9	66.2	12.9	61.7
2025	18.2	63.5	18.3	100.5
Países subdesarrollados				
1965	41.9	54.4	3.7	8.8
1995	34.9	60.3	4.8	13.8
2025	26.3	65.7	8.0	30.4
Países latinoamericanos				
1965	43.0	53.2	3.8	8.8
1995	33.8	61.1	5.1	15.1
2025	23.8	67.0	9.2	38.7

Fuente: Ham, 1997.

los de fecundidad parece ser más acelerado e intenso en las regiones menos desarrolladas. Ello genera un cambio demográfico más veloz e intenso, digamos metafóricamente, más “explosivo”.

Algo similar parece ocurrir en el caso de la edad mediana de la población. Esto es, que si bien en general los países más desarrollados muestran mayores niveles de “envejecimiento”, es en los menos desarrollados donde se estima que este proceso se presentará con más intensidad y velocidad en las próximas décadas. En efecto, si bien el valor de la edad mediana es mayor en los países más desarrollados, se estima que esta diferencia tenderá a disminuir en las próximas décadas. De hecho, en los países más desarrollados el incremento estimado de la edad mediana para las próximas dos décadas será tan sólo de 14%, mientras que en las regiones menos desarrolladas se estima un incremento de casi 35%, y de casi 37% en los países latinoamericanos (Ham, 1997).

Envejecimiento y cambio social

El envejecimiento de la población corresponde a un proceso demográfico que opera en tres niveles de análisis simultánea y complementariamente: por un lado, entre los individuos propiamente como tales, por otro, en el agregado demográfico, esto es, en la población como un todo, y por último, en la sociedad misma.¹²

— En el nivel de los individuos la principal manifestación del “envejecimiento” corresponde a la ampliación de los horizontes de vida de cada uno, que es producto de la prolongación de los rangos de sobrevivencia derivados del descenso de la mortalidad. Esta mayor longevidad de los individuos posibilita no sólo la sobrevivencia a edades mayores y en condiciones de salud aceptables a buenas, sino que además abre nuevas etapas en el ciclo de vida de las personas. Piénsese, por ejemplo, en la diferencia que implica que la vida dure 40 años o que llegue a 75 u 80 años. En este último caso, podemos identificar

¹² En general, los estudios sobre el proceso de envejecimiento se han focalizado en la descripción y el análisis de dos primeros niveles. En nuestro caso adoptamos una perspectiva diferente. Asumiendo que éstos son la base demográfica del envejecimiento, nuestro interés es analizar las bases sociales de dicho proceso. No se trata de negar la validez de los estudios descriptivos y demográficos, sino de construir las mediaciones conceptuales y metodológicas necesarias para la articulación en un mismo marco conceptual, de estos tres niveles en que se manifiesta el proceso de envejecimiento.

nuevas etapas en el curso de vida de cada individuo, en las cuales se plantean demandas y necesidades propias y específicas.

— En el nivel de la población en su conjunto se advierte que la base del envejecimiento reside más bien en la sustantiva reducción de los niveles de fecundidad y natalidad, mismos que a mediano plazo se manifiestan en una radical transformación de la estructura por edad de la población, al reducirse el peso específico de los niños y jóvenes e incrementarse, en cambio, el peso relativo de los adultos y de la población que está en la tercera edad. Si individualmente el envejecimiento plantea la emergencia de una nueva fase en el ciclo de vida, para la población en su conjunto el envejecimiento se manifiesta en la emergencia de un nuevo estrato demográfico, esto es, una nueva categoría social y demográfica que da cuenta de las demandas, necesidades, responsabilidades y capacidades propias de un grupo poblacional específico, y diferentes de las que prevalecen entre los adultos, los jóvenes, los adolescentes, y en general, de los demás estratos demográficos.¹³ El problema, sin embargo, es que muchas categorías culturales, sociales, económicas, y políticas de nuestra sociedad corresponden a una estructura demográfica joven, en crecimiento y con horizontes temporales de vida de menor duración.

—Por último, el proceso de envejecimiento se manifiesta también en una profunda transformación de los anteriores equilibrios demográficos intergeneracionales (Lee, 1995). En este sentido, el envejecimiento de la población no se refiere únicamente a los cambios en los balances cuantitativos, sino también a la estructura social sobre la cual se configura el sistema demográfico de diferenciación intergeneracional. De esta forma, el proceso de envejecimiento se manifiesta también en un tercer nivel de análisis, que corresponde al nivel de la sociedad misma. En este marco, hay quienes plantean incluso que es la propia sociedad la que está “envejeciendo”, en el sentido de que si bien el impacto social del envejecimiento demográfico está iniciándose, su extensión, magnitud e intensidad nos obligará a cambios sustantivos en los planteamientos del propio mo-

¹³ Digamos que la diferenciación de estratos etéreos no es sólo una segmentación arbitraria, ni regida sólo por convencionalismos estadísticos. Las distintas etapas que conforman el curso de vida de un individuo, a nivel agregado (poblacional, societal) conforman estratos demográficos y sociales, y las categorías analíticas usadas para nombrarlas (niñez, adolescencia, juventud, entre otras) definen además mecanismos de construcción de identidades sociales y culturales, así como demandas económicas y políticas específicas y diferentes. Más adelante retomaremos esta línea de reflexión.

delo de sociedad en que viviremos en un futuro próximo (Rodríguez, 1994).

En tanto cambio demográfico y cambio social, el envejecimiento implica repensar la construcción social de la *edad*, en especial la estratificación y diferenciación de las distintas etapas en las cuales se ha estructurado e institucionalizado el ciclo de vida en la sociedad moderna. La *edad* en realidad, corresponde a uno de los mecanismos básicos que las distintas sociedades han usado para la adscripción de roles y estatus diferenciados entre los individuos (Young y Ziman, 1992).

En todas las sociedades la percepción de categorías como: juventud, infancia o vejez surge "de mitos e imágenes establecidas a lo largo del tiempo como reflejo de los fundamentos culturales de cada sociedad" (Vinvesa y Abellón, 1993: 63). De esta forma, la vida de los individuos se estructura en unidades temporales socialmente relevantes, en donde el tiempo biológico no es más que una base ontológica para la construcción de los distintos tiempos sociales de la vida, que dan forma y significado a cada ciclo y etapa del curso de vida (Lewis y Weigert, 1992)¹⁴ Con base en ello, se crean y reproducen diversas distinciones sociales basadas en la *edad social*, lo que permite la asignación diferenciada de estatus y roles sociales así como de responsabilidades económicas y políticas, de acuerdo con los distintos momentos de dicha *edad social* (Neugarten y Neugarten, 1986).¹⁵ En otras palabras, la *edad* es una construcción social que con base en determinadas relaciones define una división social del trabajo, del poder y las res-

¹⁴ Así por ejemplo, en la sociedad occidental la *niñez* constituye una etapa del ciclo de vida de los individuos que sólo es discernible socialmente a partir de los siglos XVII y XVIII, coincidiendo con la aparición del proceso de industrialización (Rodríguez, 1994). Por su parte, la *adolescencia* sólo adquiere un significado social en la sociedad moderna, cuando la expansión de la esperanza de vida posibilita una extensión de la educación formal y el retraso de la entrada a la edad adulta. Asimismo, aunque el concepto de *juventud* es aún más reciente, también se asocia a la expansión de la esperanza de vida, que permitió la apertura de espacios temporales para que una creciente proporción de la población explorara nuevas experiencias vitales antes de entrar a una vida marital. Por último, el significado de la *vejez* no ha sido el mismo a lo largo de la historia, sino que ha variado en cada sociedad, especialmente en cuanto a sus roles, responsabilidades, derechos y capacidades de acción y decisión política (Alba, 1992).

¹⁵ En la sociedad moderna, por ejemplo, esta diferenciación con base en la edad social tiende a formalizarse cada vez más desde el Estado, al establecerse diversas normas legales que institucionalizan distintas etapas del ciclo de vida de los individuos. Así por ejemplo, se establece una edad legal para ingresar a la escuela, para entrar al mundo del trabajo, para ejercer derechos políticos, para jubilarse, etcétera (Tuirán, 1996; Solís, 1996).

ponsabilidades entre los distintos individuos de una población. El envejecimiento biológico es así sobredeterminado por un *envejecimiento social* en un proceso en que los significados de las distintas *edades* o etapas del ciclo vital de un individuo son construidos socialmente y en forma diferenciada.¹⁶

En este marco, el proceso de envejecimiento viene a plantear importantes desafíos a la sociedad contemporánea. Por de pronto, el envejecimiento nos exige pensar en las distintas temporalidades del cambio demográfico y del cambio social, lo que implica la conjunción en una misma estructura demográfica de tendencias y fuerzas sociales con temporalidades y espacialidades diferentes. Inversamente, exige pensar que en una misma estructura social se conjuntan diversas tendencias y fuerzas demográficas.

Así por ejemplo, en la actual estructura de la población mundial se manifiestan diversas dinámicas sociales y demográficas, unas provenientes de la transición de un régimen tradicional a uno moderno (modernización y transición demográfica), junto a otras que emergen conjuntamente con la sociedad postindustrial (riesgo, reflexividad y envejecimiento, entre otras). En este contexto, la sociedad contemporánea se ve inmersa en un proceso de cambio no exento de conflictividad y tensión social. Por un lado, el sistema de estratificación social se ha configurado, entre otros aspectos, en función de una particular estructura demográfica de la población, la cual está inmersa, sin embargo, en un profundo proceso de cambio. Por otro lado, esta modificación de la estructura demográfica se inserta a su vez en un contexto de transformación estructural de la sociedad en su conjunto. Se trata del paso de la sociedad moderna e industrial a una sociedad informacional basada en la globalización de los procesos sociales, económicos, políticos y culturales (Kumar, 1995, Castells, 1998; Lash y Urry, 1998).

En efecto, el proceso de transición demográfica se dio en un contexto de modernización de la sociedad, entendida como el paso de una sociedad tradicional y agraria, a una moderna e industrial. Asimismo, esta transición demográfica definía una dinámica de creci-

¹⁶ Cabe señalar, sin embargo, que no se trata de un proceso homogéneo ni lineal. Inciden en ello mediaciones de clase, género, etnia, y otras. La vejez, la madurez, y en general las distintas *edades sociales* no son iguales para hombres y mujeres, ricos y pobres, blancos e indígenas, etc., así como tampoco son iguales en una sociedad musulmana y una católica, en la Europa occidental de fines de milenio, y en la del siglo XVIII.

miento de la población que se materializaba en una estructura etárea en donde tendía a predominar la población infantil y joven. En este marco, la sociedad industrial configuró las distintas etapas del ciclo de vida de los individuos en función de su propia estructura social, económica, política y cultural.

Así por ejemplo, la juventud, en oposición a la vejez, constituye un valor ampliamente aceptado en el imaginario colectivo, cuya apreciación social y cultural logra trascender sus bases biológicas y temporales (cronológicas).¹⁷ Ello se explica no sólo porque la estructura demográfica corresponda a la de una población joven, sino también, porque la estructura social corresponde a la de una sociedad industrial, esto es, a la de una sociedad organizada en torno al trabajo y al procesamiento de bienes materiales (Udy, 1971). Por lo mismo, no es de extrañar que la juventud, en tanto representa una mayor capacidad de transformación y trabajo, haya sido vista y valorada como un capital económico, político y social en la sociedad industrial.

No hay duda de que la figura del joven atraviesa transversalmente a toda la sociedad, y a todas las sociedades modernas. Sin embargo no se trata de una categoría abstracta, esto es, de la "juventud" en general, sino de una figura muy particular, que surge con la propia modernización y urbanización de la sociedad industrial. En este sentido, la construcción social del "joven" en la sociedad moderna, articula al menos dos procesos distintos pero complementarios. Por un lado, el crecimiento demográfico que permite que se incremente sustancialmente la población en edades "jóvenes".¹⁸ Por otro lado, el proceso de urbanización e industrialización, que se sustentó en el crecimiento y consolidación de capas medias de trabajadores y empleados en diversas actividades urbanas. Asimismo la modernización, mediante el incremento de los niveles de escolaridad, favoreció la diversificación de los espacios y la ampliación de los tiempos sociales para que los "jóvenes" pudieran manifestarse y constituirse como sujetos sociales. De esta forma, la construcción social y simbólica de la juventud no re-

¹⁷ Nada mejor para ilustrar esta tesis que la sentencia ampliamente aceptada de que "la juventud no está en los años, sino en el espíritu". En esta frase la juventud adquiere una connotación positiva, en oposición a otras categorías, como la vejez, las cuales asumen implícitamente connotaciones negativas.

¹⁸ En los países centrales, el llamado *baby boom* de la postguerra resulta central para entender estos procesos, pues este fenómeno permitió revertir, al menos temporalmente, la tendencia al descenso de la fecundidad, que prevalecía desde varias décadas anteriores. Para más detalles véase Wallace, 2000.

fiere a un joven en general, sino a los jóvenes urbanos de clase media, quienes condujeron la demanda por mayor espacio, tiempo y poder dentro de la sociedad moderna.

Sin embargo, este proceso no estuvo exento de conflictos y tensiones de todo tipo. Por el contrario, la construcción de una identidad juvenil se hizo en oposición a "otras" categorías demográficas, en particular los "adultos", oposición que se manifestó en los planos social, cultural, económico y político. El surgimiento de la juventud como categoría cultural, social y demográfica, planteó también una redefinición de las demás categorías de la población, y por ese medio derivó en una reformulación sustantiva de los usos y significados de la estructura etárea de la población.

En este sentido cabe preguntarse cómo cambiará esta desigual valoración social de la juventud y la vejez, y en general, de la edad y los distintos estratos etáreos, en el marco de una sociedad informacional, cuya población, además, está inmersa en un proceso de envejecimiento. Si bien es muy probable que en la sociedad informacional el trabajo mantenga la centralidad que ha tenido en la sociedad industrial, lo importante es que cambiarán radicalmente sus atributos y requerimientos. Como bien supone Castells (1998), el carácter informacional de la sociedad no radicará en un hipotético fin del trabajo, sino en un cambio en la forma de organizar el sistema de producción. Si la sociedad industrial se sustentó en el desarrollo de tecnologías "duras" orientadas al procesamiento de bienes materiales y fabriles, la sociedad informacional por el contrario, se sustentaría en la organización del proceso de trabajo con base en tecnologías orientadas al procesamiento de la información.¹⁹ Es claro que en esta forma de organización del proceso de trabajo las exigencias hacia la fuerza laboral son de cada vez mayores niveles de conocimiento y capacidad de procesamiento informacional, y no tanto dirigidas hacia una fuerza de trabajo más capacitada en el procesamiento de bienes materiales (Negroponte, 1996).

¹⁹ A lo largo de su libro, Castells documenta también el cambio en la estructura de ocupaciones y actividades económicas en la sociedad informacional. En particular se refiere al incremento de las ocupaciones con una alta capacidad de procesamiento de información. Sin embargo, también advierte el incremento de "nuevas" ocupaciones que requieren bajos niveles de información y conocimiento. En este sentido, menciona que la tendencia central en la sociedad contemporánea no es la desaparición del trabajo no calificado, sino la polarización de las ocupaciones y la segmentación de los trabajos. Tendencia similar observa Beck (2000), quien se refiere a este proceso como la "brasilización de Occidente".

Por otro lado, el mismo sentido y papel del trabajo es reformulado en la sociedad contemporánea. En efecto, en la sociedad industrial el trabajo libre y remunerado se convirtió en un factor de integración social, prácticamente sin alternativa alguna (Udy, 1971).²⁰ Asimismo, para que el trabajo cumpliera con dichos roles sociales debía descansar sobre bases de seguridad laboral en el presente y de certidumbre respecto al futuro. Tal fue el papel de diversas instituciones del estado de bienestar, por un lado, y del fordismo como estrategia de organización del régimen laboral en la sociedad industrial, por otro.

En la sociedad contemporánea, en cambio, el régimen fordista de organización del trabajo tiende a ser sustituido por un *régimen de riesgo* que con la flexibilidad laboral tiende a “desdibujar los límites entre *trabajo* y *no trabajo* tanto en la dimensión temporal como en la espacial y contractual; el trabajo retribuido y el paro se extienden y, por tanto, tienen unos contornos cada vez más invisibles socialmente hablando” (Beck, 2000: 86). Como categoría social, el trabajo se torna inestable y temporal, lo que posibilita la emergencia de nuevos mecanismos de integración y cohesión social: la familia, la comunidad, la etnia, el género, la generación, entre otros. Esto indica una mayor complejidad de la sociedad contemporánea respecto a las estructuras de integración, diferenciación e identidad sociales que prevalecían en la sociedad industrial.

En este contexto es posible pensar que en un futuro próximo tenderán a diluirse las supuestas “ventajas” de la juventud para el trabajo industrial que han prevalecido en la sociedad moderna. En la era de la información es probable que las “ventajas” de un grupo sobre otro no se sustenten (construyan socialmente) en una base biológica, esto es, en una aparente mayor capacidad física o mental de ciertos estratos etéreos para el desarrollo de determinadas funciones en el proceso de trabajo. Antes bien, las “ventajas” de cada grupo se sustentarían en la diferente capacidad para adecuarse y adaptarse a las continuas transformaciones que impone la tecnología del procesamiento de la información, así como la flexibilidad laboral bajo un régimen de riesgo. En este sentido, es posible prever importantes transformaciones

²⁰ En las sociedades premodernas, el carácter servil o esclavo del trabajo implicaba que “quien tenía que trabajar no sólo no era libre, sino que tampoco era miembro de la sociedad” (Beck, 2000: 19). En este sentido, el trabajo no definía un mecanismo de integración social ni una condición de libertad frente a la sociedad y demás clases sociales. En la sociedad moderna, en cambio, la relación de trabajo se sustenta en la libertad del individuo respecto a tales ataduras sociales (a un amo, a la tierra, y demás instituciones tradicionales).

en la estructuración de roles y diferencias generacionales y de género en el proceso de trabajo.

Sin duda, estas transformaciones no estarán exentas de tensiones y conflictos, e implicarán una revalorización social, económica y cultural de las distintas categorías sociales y demográficas con que actualmente estratificamos y diferenciamos la población según el desarrollo de su ciclo de vida. En no pocos casos, probablemente se generen y radicalicen las luchas sociales y políticas por la defensa de intereses, derechos y responsabilidades, así como por una redistribución del trabajo social entre los distintos estratos etáreos de la población. Es en este contexto que actualmente podemos plantear que el proceso de envejecimiento que afecta a la sociedad y la población contemporáneas, marca un nuevo escenario de tensiones sociales, especialmente en cuanto a los derechos y responsabilidades para la población envejecida. Al respecto, no podemos soslayar la polarización y segmentación del mercado de trabajo, proceso en el cual adquieren no poca importancia otros factores de diferenciación demográfica y social, como el género, la etnia y el estatus migratorio (Sassen, 1998). En este sentido, no es impensable el hecho que la recomposición etárea de la población se manifieste también en nuevas formas de desigualdad en cuanto al acceso a empleos y ocupaciones de alto nivel.

En este contexto, un primer punto problemático que podemos avizorar desde ya, se relaciona con el concepto de *vejez* que ha prevalecido en la sociedad industrial. En concreto, la *vejez* en nuestras sociedades se asocia a una etapa terminal de la vida del individuo que, en la mayoría de los casos, implica un virtual retiro de la vida social (Alba, 1992). En la sociedad industrial, la *vejez biológica* representa una *vejez social*, pues coincide con el fin de la vida funcional de los individuos. Esta construcción, parece responder a ciertos procesos sociales que efectivamente se desarrollaron hasta la segunda mitad del siglo XX.

Por un lado, si bien en los países industrializados la esperanza de vida viene incrementándose desde mediados del siglo XIX, sólo en las últimas décadas se ha expandido suficientemente el horizonte de vida de las personas que sobrepasan los 65 años. Por otro lado, si bien la población presenta mayores tasas de longevidad, sólo en el último tercio del siglo XX ocurre un cambio significativo en la estructura de la población al incrementarse la proporción de individuos en edad avanzada con expectativas de vida relativamente altas y relativamente buena salud. En tal sentido, sólo en las últimas décadas ha comenzado a ser cuestionada realmente la construcción social y simbólica de la *vejez*.

En efecto, la imagen que se ha construido de la *vejez* corresponde básicamente a personas de edad avanzada que son económicamente inactivas o están incapacitadas para el trabajo, con un franco declive de sus capacidades físicas y mentales, la que propicia la aparición de enfermedades crónicas y el aislamiento social progresivo (Alba, 1992). Sin embargo, esta imagen no parece coincidir con la realidad actual de la población mayor de 65 años. Antes bien, tal parece que esta fase "terminal" se hubiese pospuesto unos 15 o 20 años en el curso de vida, ante la emergencia de importantes segmentos de la población que llegan a la tercera edad (65 años) con buena salud física y mental, integrados socialmente, con una vida familiar activa, y con plenas capacidades para la actividad económica (Wallace, 2000).²¹

En este marco, la jubilación a los 65 años ya no parece ser el punto de inflexión en la vida de las personas que anuncie el inicio del fin de su vida. Por el contrario, parece abrirse una nueva etapa en el curso de vida que algunos autores han denominado como el *tercer cuarto de vida* y que se extendería entre los 60 y los 75 años (Rodríguez, 1994). Esto se debe a que el incremento de la longevidad de las personas permite que en no pocos casos un individuo pueda esperar que casi una cuarta parte de su vida activa transcurra después de su jubilación, situación que era prácticamente inimaginable hace tan sólo unas décadas. Asimismo, el mayor peso relativo y absoluto de la población de edad avanzada indica que cada vez más personas disfrutarán de dichas condiciones de vida.

Ahora bien, el problema que se plantea entonces es ¿cuál será el espacio social que tienda a ocupar la población en este su *tercer cuarto de vida*? La *vejez*, como categoría social tal cual la hemos entendido, sin duda ya no corresponderá a este estrato etéreo de la población, quienes, por el contrario, mostrarán un perfil sustantivamente diferente que les permitiría una inserción activa e independiente en la sociedad. Se trata de una proporción importante de personas en pleno goce de sus capacidades físicas y mentales, a quienes la sociedad industrial no ha ofrecido un espacio social, económico, político y cul-

²¹ En el caso de México, por ejemplo, en 1990 la esperanza de vida a los 65 años era de 16 años para los hombres y 18 para las mujeres (Jiménez, 1995). Esto significa que quienes lleguen a los 65 años vivirán en promedio otros 16 años, los hombres, y otros 18 las mujeres. O lo que es lo mismo, que su esperanza de vida se extiende a 81 años para los hombres y a 83 para las mujeres.

tural que les permita constituirse y desarrollarse como estrato demográfico. Por lo mismo, cabe preguntarse si la sociedad informacional tendrá la capacidad de incorporar a este nuevo estrato social y demográfico otorgándole plenos derechos para participar activamente en la estructura económica, social y política, o por el contrario, reproducirá formas de exclusión social, marginando a estos grupos demográficos a posiciones secundarias. En cualquier escenario, lo cierto es que no se estará libre de conflictos, tensiones y luchas sociales.

Consideraciones finales

El envejecimiento de la población ha suscitado un creciente interés, especialmente en términos de estimar sus dimensiones cuantitativas y los impactos sociales y cargas económicas que conlleva. En cuanto a sus consecuencias, se han identificado diversos ámbitos en donde este cambio en la estructura demográfica generaría diversas tensiones y conflictos. Así por ejemplo, se presentarán problemas en el sistema de pensiones y seguridad social, el sistema de salud, el sistema educativo, la familia, el trabajo, el mercado, la vida económica y la política, entre otros (Vivesa y Abellón, 1993; Ham, 1997). Nos parece que todos estos puntos no sólo son relevantes, sino que es necesario seguir investigándolos y analizándolos. No obstante, creemos que en ningún caso agotan ni delimitan las consecuencias y alcances del proceso de envejecimiento.

Desde nuestra perspectiva, esta preocupación por el envejecimiento y sus consecuencias no deja de tener un sesgo asistencialista, formal y reduccionista, ya que suelen enfatizarse las deficiencias de las actuales instituciones públicas y sociales para enfrentar los problemas que afectarán a la población envejecida, sin considerar simultáneamente el cambio en el sistema de reglas y condiciones estructurales bajo las cuales funcionan dichas instituciones.²²

²² En el caso de la crisis del sistema de pensiones, por ejemplo, el problema suele plantearse al considerar que el incremento de la población mayor de 65 años significaría una carga demasiado grande para los actuales sistemas de jubilación. Sin embargo, no suelen tomarse en cuenta los aspectos estructurales de la crisis del actual sistema de pensiones, en particular, que el rol y los principios bajo los cuales funcionaba el sistema de pensiones en la sociedad industrial están siendo rebasados y fragmentados por las instituciones y el régimen laboral que han surgido con la sociedad informacional (Beck, 2000). En este sentido, el análisis de la crisis de los sistemas de pensiones debe incluir tanto la presión del cambio demográfico, como la modificación de las relaciones laborales en la sociedad contemporánea.

En este sentido, en el presente artículo hemos procurado llamar la atención sobre los aspectos del proceso de envejecimiento más relacionados con su conceptualización y significados en la sociedad contemporánea, con la intención de lograr un mejor entendimiento y comprensión de sus alcances y consecuencias. En particular, hemos manifestado que el envejecimiento resulta ser más complejo que el simple aumento absoluto y relativo de la población en determinado estrato etéreo. Asimismo, define tensiones y conflictos sociales que van más allá de las deficiencias institucionales de la sociedad contemporánea.

Al respecto, nuestra hipótesis es que el envejecimiento, como proceso demográfico y proceso social, implica una reformulación de los ejes sobre los cuales ha transcurrido el discurso demográfico. En particular, implica pasar de una preocupación por la *dinámica del crecimiento*, a una preocupación por la *estructura demográfica*, en particular, por la estructuración social de las diferencias demográficas. Esto exige entender a la población no tanto en función de su dinámica de crecimiento, sino más bien en función de la estructura de relaciones entre individuos, entre géneros, entre etnias, entre generaciones, y en general, entre distintas categorías demográficas. Asimismo, planteamos la necesidad de ubicar esta estructura demográfica emergente en el marco de las transformaciones sociales que caracterizan a las sociedades contemporáneas.

El interés por la estructura demográfica no se refiere sólo a la identificación de las diferentes categorías, ya sea por estratos etéreos, género o condición étnica, entre otras. Como señala Tilly, la diferenciación formal entre categorías sociales suele basarse en una estructura de desigualdad social, sobre la cual se construyen los usos y significados sociales, culturales, políticos y económicos de dichas categorías. Por lo mismo se trata de analizar el proceso de envejecimiento, en términos de la construcción de un nuevo sistema de *desigualdad categorial*. Las distintas categorías demográficas (hombre-mujer, niño-joven-adulto-viejo, etc.) no son meros atributos individuales, sino que están socialmente organizadas en sistemas de relaciones asimétricas y desiguales. De esta forma, “mucho de lo que los observadores interpretan corrientemente como diferencias individuales que crean desigualdad, es en realidad la consecuencia de la organización categorial” (Tilly, 2000: 23).

En este sentido, el envejecimiento plantea el problema de los cambios en el sistema de roles, estatus y posiciones sociales de las dis-

tintas categorías y estratos etéreos de la población, de ahí que el principal problema sea la delimitación de los derechos y responsabilidades de las personas en esta nueva categoría demográfico-social (el tercer cuarto de vida). Como hemos visto, este grupo demográfico no puede ser asimilado al concepto de "viejos" que actualmente predomina en nuestra sociedad, pues su perfil es claramente distinto; pero por otro lado tampoco son asimilables a la población adulta, pues sus características también muestran no pocas diferencias.

La emergencia y consolidación de esta nueva categoría implica no sólo una mayor complejidad demográfica. Se trata también de un proceso no exento de tensiones y conflictividad, en el cual deben redefinirse los patrones de acceso y distribución del poder, así como de división del trabajo, de las cargas económicas y sociales, y de las responsabilidades y derechos entre los distintos grupos y estratos demográficos de la población. Se trata, en síntesis, de la transformación de la estructura de roles sociales que fue construida en torno a una población joven y una sociedad en proceso de industrialización, de modo que se ajuste a las nuevas pautas de reproducción demográfica y social de una población envejecida, y en el marco de una sociedad postindustrial.

Al respecto, una revisión del surgimiento del discurso de la transición demográfica en el seno de la sociedad industrial nos puede ayudar a entender los alcances y consecuencias del discurso del envejecimiento en la sociedad contemporánea

No cabe duda de que el discurso de la transición demográfica se inició con esquemas descriptivos del cambio demográfico que pusieron el acento en la dinámica de sus componentes (natalidad y mortalidad) más que en sus significados sociales. La conceptualización de la transición demográfica como modernización demográfica es más reciente, y surge cuando el discurso de la modernidad se ha consolidado y madurado a tal grado que tiende a dominar la construcción cultural y simbólica que hacemos de nosotros mismos como individuos y sociedad.²³ No obstante, desde sus inicios como descripción del cambio demográfico, la transición demográfica permitió construir una problemática demográfica diferente a la que había prevalecido en las sociedades premodernas (Canales, 2001).

²³ En América Latina, por ejemplo, el discurso del desarrollo y la modernidad surge apenas a mediados de los cuarenta, una vez que se han consolidado diversos actores e instituciones sociales modernos (Mires, 1993).

En este sentido entendemos que Livi Bacci (1994) ha hecho una conceptualización precisa y profunda del proceso de transición demográfica. Este autor no sólo establece la especificidad de la dinámica demográfica en la sociedad moderna, sino además supera con mucho los discursos descriptivos y formalistas, y avanza en la comprensión de la transición demográfica. En su propuesta el cambio demográfico no sólo es descrito, sino además adquiere un sentido y significado a partir de la matriz discursiva y comprensiva de la modernidad. De esta forma, la transición demográfica no es sólo una caracterización del cambio demográfico en la sociedad industrial, sino que también es la construcción de un marco conceptual que permite su comprensión en los términos y principios de la modernidad. El cambio demográfico adquiere así un significado moderno. No sólo se trata de un control de la dinámica y los componentes del crecimiento demográfico, sino de la eficiencia y racionalidad modernistas que se atribuyen a dicho control en la sociedad industrial. Asimismo, esta eficiencia y esta racionalidad demográfica se construyen en oposición a los principios de desorden, desperdicio, ineficiencia e irracionalidad que habrían determinado la dinámica de la población en sociedades premodernas.

En este marco, creemos que el desafío en la era actual es similar al que se dio ante las primeras formulaciones de la transición demográfica. En efecto, actualmente contamos con una adecuada descripción del cambio demográfico al cual, con base en sus manifestaciones más directas hemos denominado "envejecimiento" de la población. Sin embargo no disponemos de una adecuada conceptualización de este cambio demográfico, y ello porque no se ha consolidado una matriz discursiva que organice cultural y simbólicamente y llene de sentidos los distintos elementos y procesos que dan vida a la sociedad contemporánea. Por lo mismo, no disponemos de principios matriciales desde los cuales podamos construir un nuevo discurso demográfico, al menos no uno tan acabado como el que Livi Bacci ha elaborado para dar cuenta de los significados de la transición demográfica en la sociedad moderna.

Sin embargo sí podemos delinear algunos elementos que pudieran contribuir a tal objetivo. Por lo pronto no debemos olvidar que la sociedad informacional no sólo plantea una nueva etapa histórica, sino que implica además un cuestionamiento a los principios de la modernidad, y por tanto a los distintos discursos, categorías y perspectivas de entendimiento de los procesos sociales. Podemos trasladar esta perspectiva analítica al examen de la dinámica demográfica. Al respecto, conviene tener presentes dos ideas. En primer lugar, en-

tender el “envejecimiento” de la población como la forma que asume la dinámica demográfica en la sociedad contemporánea. En segundo lugar, considerar el “envejecimiento” no sólo como la etapa final (actual) de la transición demográfica, sino también como su superación en dos planos: en tanto dinámica demográfica, y en cuanto a los sentidos y significados sociales de dicha dinámica.

El envejecimiento de la población puede entenderse como un nuevo régimen demográfico, y también como una herencia de la transición demográfica. De hecho es ambas cosas, pero no en un sentido formal, descriptivo o fenomenológico, sino en uno sustantivo. Por lo mismo, permite trascender los usos y significados tradicionales de los términos transición demográfica y régimen demográfico.

Hay quienes entienden el proceso de envejecimiento como un resultado de la transición demográfica; en particular, como la fase final de la misma que indicaría el arribo a un estado (no régimen) demográfico final, caracterizado por el control eficiente y racional de los componentes de la dinámica de la población. En lo formal al menos, esto es correcto. Sin embargo, no hay que confundir la trayectoria con el destino. La transición demográfica puede que esté llegando a su fin, lo cual sería lógico, pues se trata de una “transición” de un estado a otro, por lo que en algún momento debe acabarse como tal. Pero ello no significa que el estado de llegada sea un estado final de la demografía. Tan sólo inaugura un nuevo régimen demográfico que se sustenta en nuevos principios de estructuración de la dinámica de la población y del cambio demográfico.²⁴

Sin duda, el proceso de envejecimiento opera sobre una base demográfica “modernista”, especialmente en relación con la racional-

²⁴ Hay quienes se refieren al envejecimiento como una nueva transición demográfica, posición que no compartimos pues lleva a no pocos equívocos y confusiones. En tal caso, la transición demográfica sería una categoría abstracta para referirse al cambio demográfico en general. Por lo mismo, se trata de una categoría genérica que no contribuye para comprender los cambios demográficos en cada sociedad y en cada etapa histórica. Sin embargo, si la transición demográfica es una categoría genérica y abstracta, ¿cómo podemos entender y nombrar entonces al cambio demográfico en la sociedad industrial? Desde nuestra perspectiva, en cambio, la transición demográfica define un proceso delimitado históricamente, que se corresponde con el cambio demográfico en la sociedad moderna. Esta delimitación no es casual, sino que obedece a nuestra intención de usar términos y categorías de análisis que no sólo nombren, sino también permitan retomar las especificidades históricas y espaciales de la dinámica de la población. O lo que es lo mismo, nuestro interés por la población y su dinámica no es un interés abstracto, sino que ha sido históricamente definido.

dad y eficiencia de los mecanismos de control de la dinámica demográfica. Asimismo, es esta dinámica “moderna” de los componentes la que ha incidido directamente en la estructuración del régimen de envejecimiento demográfico.²⁵ Sin embargo, el envejecimiento es también la superación de la transición demográfica. Opera sobre una base de racionalidad, control y eficiencia, pero la vacía de sus contenidos y significados “modernistas”. Trasciende su “modernismo”, en la medida en que reconstruye los significados y consecuencias de la estructura demográfica a partir de los principios e instituciones de la era de la información.²⁶ En este sentido, el envejecimiento no es sólo el fin de la transición demográfica, sino también el inicio de un nuevo régimen demográfico, con tensiones y contradicciones propias que determinan nuevas dinámicas de la población. Por lo mismo, preferimos hablar del envejecimiento como un punto de inflexión, en donde los usos y significados de las categorías demográficas son trastocados de un modo radical.

En el discurso de la transición demográfica la población importaba como un todo abstracto y homogéneo, indiferenciado. Las distinciones provenían de ámbitos externos a la demografía: eran distinciones económicas, sociales, etc. El envejecimiento, en cambio, centra la atención en las estructuras de diferenciación demográficas de la población. En este sentido no es ya la población como un todo, ni su dinámica, la preocupación central, sino las relaciones, la diferenciación y las desigualdades que se plasman en la estructura demográfica. La preocupación por los “viejos” denota una preocupación por categorías demográficas concretas, que por lo mismo exigen una construcción con base en procesos sociales históricamente determinados. Por el contrario, la preocupación por el crecimiento de la población presente en el discurso de la transición demográfica denota una preocupación por categorías abstractas que en ningún caso permiten referirse a sujetos históricos y concretos. Los “componentes” del crecimiento (natalidad y mortalidad) no denotan ni connotan una referencia social ni histórica, sólo demográfica, y en función de una abs-

²⁵ De hecho, es muy probable que se hubiese dado el proceso de envejecimiento sin la transición demográfica.

²⁶ Piénsese por ejemplo, en cómo el *régimen de riesgo laboral* (Beck, 2000) ha modificado y trastocado radicalmente los principios de organización del trabajo y del empleo. Asimismo, podemos advertir que el sistema de acumulación reflexiva supera y trasciende los principios de la acumulación de la sociedad industrial.

tracción mayor: la población como agregado de individuos (Canales, 2001).

En síntesis, no sólo han cambiado las “dinámicas” de los componentes demográficos, sino por sobre todo, el envejecimiento refiere a nuevos sentidos y significados de la “dinámica demográfica”. Como régimen demográfico, su especificidad se construye de un modo distinto, no a partir de la dinámica de “componentes”, sino con base en estructuras sociales y demográficas de diferenciación social. A diferencia del régimen de la transición demográfica, con el envejecimiento las categorías de diferenciación se internalizan como un componente sustantivo del nuevo régimen demográfico. En este sentido es que decimos que el problema demográfico se traslada de la preocupación por la dinámica del crecimiento a la preocupación por las estructuras de diferenciación demográfica, mismas que son socialmente construidas.

Bibliografía

- Alba, Víctor (1992), *Historia social de la vejez*, Barcelona, Laertes.
- Beck, Ulrich (2000), *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*, Madrid, Paidós.
- Benítez, Raúl (1996), “La cuestión sobre el crecimiento de la población y el desarrollo en América Latina y México. La política de población”, en C. Welti (coord.), *Dinámica demográfica y cambio social*, México, Prolap/Somede/IIS-UNAM, pp. 275-283.
- (1994), “Visión latinoamericana de la transición demográfica. Dinámica de la población y práctica política”, en *La transición demográfica en América Latina y el Caribe. Actas de la IV Conferencia Latinoamericana de Población*, vol. 1, primera parte, México, ABEP/Celade/IUSSP/Prolap/Somede, pp. 29-53.
- Borja, Jordi y Manuel Castells (1997), *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*, Madrid, Taurus.
- Bueno, Eramis (1996), “Población y desarrollo social”, en C. Welti (coord.), *Dinámica demográfica y cambio social*, México, Prolap/Somede/ISS-UNAM, pp. 345-366.
- Canales, Alejandro (2001), “Discurso demográfico y postmodernidad”, *Estudios Sociológicos*, El Colegio de México (en prensa).
- Castells, Manuel (1998), *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. 1, *La sociedad red*, Madrid, Alianza Editorial.
- Coale, Ansley (1973), “Demographic Transition”, en *International Population Conference*, vol. 1, Lieja, IUSSP, pp. 53-72 (versión traducida en Celade, serie D, núm. 86, Chile, 1977).

- Giddens, Anthony (1990), *The Consequences of Modernity*, Stanford, Calif., Stanford University Press.
- (2000), *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid, Taurus.
- Habermas, Jürgen (2000), *La constelación posnacional*, Madrid, Paidós.
- Ham, Roberto (1997), "Envejecimiento y desarrollo en Latinoamérica: una relación bidireccional", en C. Welti (coord.), *Población y desarrollo: una perspectiva latinoamericana después de El Cairo-94*, México, Prolap/FNUAP/IIS-UNAM, pp. 249-279.
- Ianni, O. (1996), *Teorías de la globalización*, México, Siglo XXI/UNAM.
- Jiménez, René (1995), *La desigualdad de la mortalidad en México: tablas de mortalidad para la República Mexicana y sus entidades federativas*, 1990, México, CRIM-UNAM.
- Kumar, Kishan (1995), *From Post-Industrial to Post-Modern Society. New Theories of the Contemporary World*, Massachusetts, Blackwell Publishers.
- Lash Scott y John Urry (1998), *Economías de signos y espacios. Sobre el capitalismo de la postorganización*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Lassonde, Louise (1997), *Los desafíos de la demografía. ¿Qué calidad de vida habrá en el siglo XXI?*, México, FCE/CRIM-UNAM/PUEG/IIS-UNAM.
- Lee, Ronald (1995), "Una perspectiva transcultural de las transferencias intergeneracionales", *Pensamiento Iberoamericano*, núm. 28, número especial en conjunto con *Notas de Población*, núm. 62, pp. 311-362.
- Lewis, David y Andrew Weigert (1992), "Estructura y significado del tiempo social", en T. Ramón Ramos (comp.), *Tiempo y sociedad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 89-131.
- Livi Bacci, Massimo (1994), "Notas sobre la transición demográfica en Europa y América Latina", en *La transición demográfica en América Latina y el Caribe. Actas de la IV Conferencia Latinoamericana de Población*, vol. 1, primera parte, México, ABEP/Celade/IUSSP/PROLAP/Somede, pp. 13-28.
- Malthus, Robert (1986), *Ensayo sobre el principio de la población*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Meadows, Donella, Dennis Meadows y Jorgen Randers (1992), *Más allá de los límites del crecimiento*, Madrid, El País/Aguilar.
- Mires, Fernando (1993), *El discurso de la miseria*, Caracas, Nueva Sociedad.
- (1996), *La revolución que nadie soñó o la otra posmodernidad*, Caracas, Nueva Sociedad.
- Naciones Unidas (1993), *World Population Prospects. The 1992 Revision*, Nueva York, N.U.
- Negroponte, Nicholas (1996), *Ser digital*, México, Editorial Océano.
- Neugarten, B. L. y D. A. Neugarten (1986), "The Changing Meaning of Age in the Aging Society", en A. Pifer y C. Brante (eds.), *Our Aging Society: Paradox and Promise*, Nueva York, Norton.
- Notestein, Frank W. (1945), "Population the Long View", en T. Shultz (comp.), *Food for the World*, Chicago, University of Chicago Press, pp. 36-56.

- Rodríguez, Josep (1994), *Envejecimiento y familia*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Sassen, Saskia (1998), *Globalization and its Discontents*, Nueva York, The New Press.
- Singer, Paul (1971), *Dinámica de la población y desarrollo. El papel del crecimiento demográfico en el desarrollo económico*, México, Siglo XXI.
- Solís, Patricio (1996), "El retiro como transición a la vejez en México", en C. Welti (coord.), *Dinámica demográfica y cambio social*, México, Prolap/FNUAP/Somede/IIS-UNAM, pp. 141-165.
- Teitelbaum, Michael S. y Jay M. Winter (1985), *The Fear of Population Decline*, Orlando, Academic Press Inc.
- Thompson, W. (1946), *Population and Peace in the Pacific*, Chicago, University of Chicago Press.
- Thumerelle, Pierre-Jean (1996), *Las poblaciones del mundo*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Tilly, Charles (2000), *La desigualdad persistente*, Buenos Aires, Manantial.
- Touraine, Alain (1999), *Crítica de la modernidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Tuirán, Rodolfo (1996), "Transición de la adolescencia a la edad adulta en México", en C. Welti (coord.), *Dinámica demográfica y cambio social*, México, Prolap/FNUAP/Somede/IIS-UNAM, pp. 167-182.
- Udy, Stanky (1971), *El trabajo en las sociedades tradicional y moderna*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Vinvesa, Julio y Antonio Abellón (1993), "El envejecimiento demográfico", en R. Puyol, J. Vinvesa y A. Abellón (coords.), *Los grandes problemas actuales de la población*, Madrid, Síntesis, pp. 61-108.
- Wallace, Paul (2000), *El séismo demográfico*, Madrid, Siglo XXI.
- Young, Michael y John Ziman (1992), "Ciclos en la conducta social", en T. Ramón Ramos (comp.), *Tiempo y sociedad*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, pp. 243-261.